

TRASFONDO

Por IGNACIO DUARTE

CARLOS MONTENEGRO no necesita ditirambos ni florilegios. Ni quien esto escribe cultiva esa adulonería que dejó a los chupanalgas del "Diario Las Américas".

Montenegro es una cumbre del pensamiento universal. Un cóndor de la literatura psicológica, de la cual es pionero en Cuba, nuestro fascinante país de cimarrones en el Ate-neo, y poetisas de la lactancia en nuestro Parnaso.

Como artífice de la terapia social, Montenegro ha desnudado las miserias mentales de los condenados, los penados en aquella sociedad de jure o facto: lo toma o lo deja...

El es símbolo para los que sabemos que es el dolor el mejor combustible que mueve el motor de la denuncia, en la meta fraternal de humanizar este loco mundo donde ya todo lo hemos ensayado —desde el mito y fracaso del cristianismo, hasta el horror del comunismo perverso—, y donde ni siquiera nos rige una escala de valores intelectuales.

No me extraña que los cagatintas ignoren a Montenegro, porque si fuera un rufián, si hubiera renunciado a sus convicciones como sembrador de esperanzas venerables en el huerto de la Libertad, hoy sería una vaca sagrada del realismo socialista, reverenciada por la estúpida y ciega burguesía, como Carlos Fuentes, García Márquez o Carpentier, con residencia en París, dacha en Moscú, buen ajeno, vodka, opio y putas parisienas o ucranianas.

Pero Montenegro carga testículos en la sesera. Y eso aquí es un delito, pues en nuestro mundillo intelectualoide, obligan al escritor a ponerse un "pantijós" en el cerebro. Se desprecia y se mira con desdén al visionario. Se le rinde culto al amo que los humilla, los desprecia y los escupe.

Hay que ser aquí lo suficientemente dogmático y marica como para afirmar que el teclado de un piano es en realidad la dentadura de una ballena. Hay que envolver los pedos en papel celofán, ponerse rolos en la cabeza y gritar con descaro que Mr. Aguirre es más grande y genial que Rubén Darío.

Montenegro ha sido guía y maestro de varias generaciones de escritores cubanos no comprometidos. El nos enseñó a poner el dedo en nuestras tumoraciones sociales. A pensar en nuestras miserias.

Y, cuando sin esperanzas ni futuro, sin más apoyo moral y cívico que mirar a las estrellas, quien escribe leía la obra de Montenegro como el catecismo de los sin nada, los seres triturados por el egoísmo de la Pachanga, en el dilema del ideal v la materia, con el concepto del Universo sempiterno

de Engels, en el áspero y porquerizo patio de mi solar habanero —vientre cuajado de adorables inmundicias—, con la luz mortecina de 20 bujías, entre el hedor de la única letrina para un centenar de vice humanos, la tos del jornalero que agonizaba por el despido descompensado, algo de café frío, hijo de la borra usada en el jarro ennegrecido, y ya en la madrugada poblada con las visiones del hambre, la realidad martillante: el taconear de una mulata triste, la que traía, entre cuatro sudores de negros estibadores de los muelles —donde cargaban manzanas de España para el niño Fista que hoy cultiva el verso cursi—, su cuerpo y una media noche para la madre tísica que nació en Morón; aquella media noche de Marte y Belona, la que ganó con el trasero que vendió a un serio ferretero de la Lisa, y su boca depositaria del beso sifilítico, y su rictus humeante a Chester que brotaba insolente por un diente de oro recién enchapado...

Y entonces, debo confesarlo por ser el único escritor cubano orgulloso de haber nacido en Jesús María, no pensaba decirle a Montenegro, como hoy: "Gracias, hermano, y perdona que lo diga con la visión un tanto nublada, gracias por haberme ayudado a salir del hueco de la desesperanza, entre la grima de nuestros mandriles, nuestros orangutanes y nuestros doctores".

Y como todavía no he creído en ese ignaro concepto de que el hombre libre es aquel que no encuentra quien lo compre, rindo honor en vida, porque no cultivo la necrología de los hacedores de historietas, a un formador de hombres. Es la diferencia que hay entre la gloria de Montenegro y la de los falsos simuladores, en verso y en prosa.

Algo hay que hacer en este mundo donde ya todo lo hemos ensayado. Y como no soy un moralista al uso, prefiero seguir mi destino con los pobres de la tierra. Desconfío de la gente sin pasado. Por eso escribo en el periódico de un felón, porque los mejores hombres, los más virtuosos, son aquellos que han sabido situar un valladar entre su Yo y sus fracasos y errores. Un Ex vale más para mí que toda esa pandilla de hipócritas virtuosos y santurriones. Virtuosos de la impotencia. Que nunca meten el delicado. Que no tienen de qué arrepentirse. Que no actúan por temor a equivocarse.

Si todo nos ha ido mal, es hora de revisarlo todo. De nombrar ex delincuentes como policías. De poner arrepentidas como trabajadoras sociales. De nombrar reverendos a



antiguos chulos. El mejor político es aquel que ha sido injusto alguna vez. El médico que mejor cuida a sus pacientes es el que equivocadamente ha mandado a un prójimo hacia otro mundo. Nadie puede hablar de injusticia social sin haberla vivido. También el mejor escritor es el que ha crecido entre la mierda. Cervantes fue grande porque llevaba un brazo amputado y estuvo entre rejas. Y Montenegro es un cubano de Nuestra Mancha...